

VALLADOLID DE MICHOACÁN,
LOS RUMORES Y LAS TENSIONES SOCIALES DE 1809

Gerardo Sánchez Díaz
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El Escenario

En la segunda mitad del siglo XVIII, la fisonomía y la vida urbana de la ciudad de Valladolid experimentaron cambios importantes. Muchos de sus edificios civiles y religiosos al igual que los espacios públicos fueron transformados. Se reconstruyó y embelleció el acueducto, mejoraron las cañerías y se levantaron o reconstruyeron edificios destinados a vivienda o a negocios de los pobladores más ricos. Fue edificado un sólido edificio para albergar la Factoría del Tabaco y la fábrica de puros y cigarros, y, frente a la catedral se levantó el edificio del Seminario de San Pedro, nueva institución educativa auspiciada por la Mitra Diocesana para preparar los sacerdotes que en las décadas siguientes participarían en la atención de las parroquias del extenso obispado. El recinto del Colegio de San Nicolás también registró mejorías en sus muros y en sus cátedras.

Por otro lado, la población asentada en la ciudad experimentó un notable crecimiento. Así, de los 12,000 habitantes que se calcula había en la ciudad en 1760, el número creció a 20,000 para el año de 1810. La sociedad vallisoletana era pluriétnica y la conformaban españoles peninsulares, criollos americanos, mestizos, indios y mulatos. En la ciudad residían diversas dignidades eclesiásticas tanto del clero diocesano, religiosos franciscanos, agustinos, carmelitas y mercedarios, así como monjas dominicas y capuchinas. Figuraban, además, entre sus habitantes, como residentes del espacio urbano quienes movían la riqueza y la política, entre hacendados, rancheros, comerciantes fijos y ambulantes. En las calles principales se agrupaban iglesias, conventos y las casas de las familias más encumbradas, propiedad de españoles peninsulares y americanos.

Al respecto, la historiadora Isabel Marín nos dice que: “Las opulentas casas de los ricos estaban concentradas alrededor del conjunto formado por la catedral y las plazas que se encontraban a sus lados. En el centro vivía la élite local y sus sirvientes, los portales que rodeaban la plaza principal resguardaban las tiendas de los grandes comercios. No muy lejos de ahí moraban los indígenas, mulatos y mestizos organizados en barrios, los arrimados que llegaban a la ciudad en los momentos de hambruna y los subocupados. Así,

justo frente a la plaza principal, en plena Calle Real, se encontraba la casa de don José Antonio Peredo, uno de los peninsulares más ricos de Valladolid, que incluía también su comercio y, por supuesto, contaba con habitaciones para sus sirvientes. Al lado de don José Antonio, residía su yerno Fernando de Quevedo, también comerciante y peninsular. Al sur de la plaza principal y contra esquina de las casas consistoriales se construyó la finca de don Isidro Huarte, una casa fabricada en los estilos de moda de las últimas décadas del siglo XVIII.

Dentro de Valladolid, el comercio estuvo controlado por la élite del lugar, era un asunto de blancos. Los grandes comerciantes estaban encargados de la compra de productos manufacturados que se conseguían en las ferias de Jalapa y de Acapulco, así como en la ciudad de México y, a través de sus grandes almacenes dentro de la ciudad, distribuían las mercancías. Además, la mayoría de ellos eran al mismo tiempo terratenientes, lo que les permitía tener un control sobre la mayor parte de la producción de los alimentos básicos del grueso de la población; así controlaban tanto el comercio de las mercancías que llegaban de ultramar como la producción local, inclusive contaban con recursos económicos para adquirir los granos de los pequeños productores que eran los primeros afectados en los momentos de crisis económicas y se veían forzados a vender la cosecha recién recogida con el fin de satisfacer sus necesidades básicas”.

Por otro lado, en la plaza mayor de la ciudad los jueves y domingos se celebraba el mercado, en el que se podían ver puestos donde se expendían frutas de la temporada, maíz y otras semillas; azúcar, piloncillo, sal, pescado seco o fresco, queso, rebozos, mantas, pulque y la loza que elaboraban los indígenas de Tzintzuntzan y Santa Fe de la Laguna. También se instalaban en los alrededores de la plaza varios puestos de comida.

En la ciudad, también funcionaba un importante número de tiendas en las que se expendían productos importados, como ha quedado documentado en un estudio reciente del historiador Jorge Silva Riquer, quien sostiene que “dentro de los productos ultramarinos se encontraban todos los artículos usados en la vestimenta de la sociedad novohispana. Productos de excelente calidad que solo podrían ser consumidos por la oligarquía. Como fueron las telas de todas las texturas de las regiones europeas o asiáticas, listones de los más variados colores y tamaños, hilos y toda clase de productos relacionados con la confección de vestido vallisoletano.

La gran variedad de telas se podía encontrar en las tiendas más grandes de la ciudad, iban desde la anagripola de Barcelona, brocados y terciopelos de Francia, la seda de China, el listón de Nápoles, Granada o Génova, las puntitas de Lorena, hasta el zangolote,

calcetas, mascadas y medias de España. Otros artículos que tuvieron tanta importancia como las telas, fueron los accesorios para la confección del vestido, como lo fueron los hilos dorados o plateados, botones de diferentes tamaños, colores y texturas, agujas y alfileres alemanes, dedales para sastres y costureras, tijeras de todos tamaños, bolsas, sombreros, pañuelos, etc. Estos como los anteriores artículos satisfacían el buen gusto de la aristocracia vallisoletana que necesitaba representar su poder a través de todas las formas posibles de expresión”.

Además de lo anterior, en las tiendas mejor surtidas, propiedad de españoles peninsulares y de criollos ricos, podía encontrarse otro tipo de mercancías como: “toda clase de artículos religiosos, estampas de oro, imágenes santificadas, rosarios de madera, etc. Las especias ocupaban su lugar primordial como el azafrán, pimienta, canela, entre otros el cacao de Venezuela. Otros artículos importantes fueron las armas de Europa, el acero, la hoja de lata, los frascos, las vasijas, los vasos y los marcos de madera... estos eran los productos ultramarinos más importantes que se distribuían por medio del comercio interno así los consumidores españoles satisfacían las condiciones sociales que imperaban en las relaciones de fines del siglo XVIII y principios del XIX”:

Entre los productos elaborados tanto en Michoacán como en otras partes de la Nueva España que formaban parte de las casas comerciales vallisoletanas encontramos: “los paños de diferentes tamaños y colores, la manta, la lana, las cambadas, la indianilla, el paño; la seda, floja o torcida; el chamelote ancho, la saia aninfada entre otras. En lo que respecta a las prendas elaboradas se podían encontrar huipiles, rebozos, naguas de jerguilla, colchas cameras, calzones de cuero, sombreros, pañuelos finos o de media seda, medias de estambre, mascadas y listones. Otros artículos como botones de todo tipo y tamaño, hilos, hebillas para charreteras, mancuernillas de vidrio, encajes, cintas de reata y de lazos, bolsas y bolsillas, todo de gran consumo por su calidad y precio.

Dentro de los productos alimenticios estaban el arroz, el azúcar y la miel prieta que eran traídos de la tierra caliente... la ciudad se abastecía además de pescado y carne seca, zapatos, cacao, canela y chocolate”.

Las contradicciones entre peninsulares y americanos

El año de 1809 estuvo marcado por diversos acontecimientos económicos, políticos y religiosos que impactaron en la vida apacible de los vallisoletanos. Continuaron los efectos de la escasez y la carestía de algunos productos alimentarios, especialmente en el maíz,

frijol, trigo y arroz que había ocasionado la crisis agrícola de 1808, causada por los malos temporales. En las tiendas y espacios públicos se hacían comentarios sobre esa situación y acerca de las noticias que llegaban de fuera, relativas a la ausencia del rey, originada por la invasión francesa a la península. Muchos hacendados, rancheros y comerciantes habían sido afectados en sus bienes por los préstamos gratuitos que años antes les había pedido el rey, a través de la Real Cédula para la Consolidación de los Vales Reales, cuyo propósito era reunir fondos para solventar los gastos ocasionados por la guerra con Inglaterra y el aumento de la burocracia real.

Por otro lado, desconcierto y zozobra causó la llegada de otra orden para contribuir con nuevas aportaciones para el sostenimiento de la Junta Central Gubernativa, que había asumido la autoridad en ausencia del rey. Un asunto que causó nuevas inquietudes y despertó pasiones fue la elección del representante de la provincia michoacana, que formaría parte del grupo del cual habría de salir electo el representante de la Nueva España ante la Suprema Junta Gubernativa. En ese contexto, a partir de marzo, empezaron a conformarse dos bandos con intereses opuestos: el de los españoles peninsulares, que reclamaban esa representatividad y el de los criollos americanos, que luchaban para que el representante fuera un americano, “por ser de mayor justicia”.

Las tensiones políticas crecieron durante la integración de la lista de candidatos. La elección debería hacerse mediante votación en el seno del ayuntamiento vallisoletano, controlado por los peninsulares. Se registraron 32 nombres de personajes sobresalientes. La votación tuvo lugar el 17 de mayo y en ella resultó electo, en medio de serias dudas, el canónigo penitenciario Manuel Abad y Queipo, apoyado por los peninsulares. Pronto surgió el descontento entre los criollos agrupados en torno al licenciado Isidro Huarte. Ante tal agitación, Abad y Queipo redactó una amplia representación dirigida a las autoridades de la ciudad de México, en la que hizo un agudo análisis de la situación de confrontación que se vivía en Michoacán entre españoles, peninsulares y criollos. Pidió que se tomaran las providencias que ameritaba el caso y se aumentara la fuerza militar para garantizar la seguridad pública.

Más adelante, Abad y Queipo hizo la siguiente anotación sobre la gravedad de los hechos que observaba: “ cuando firmé este escrito, tenían un alto grado de efervescencia las rivalidades y discordias que excitaron entre la clase española, esos hombres turbulentos que agitados ellos mismos del furor de sus pasiones, la envidia, la ambición y la avaricia no cesaban de atizar el fuego y acelerar por todos los medios posibles un rompimiento escandaloso”.

A pesar de que quedó resuelta la elección, mediante la intervención del Virrey, las rivalidades políticas entre españoles peninsulares y criollos americanos continuaron en iguales circunstancias durante los meses siguientes. A partir de septiembre, los criollos liderados por José Mariano Michelena y el capitán José María Obeso, a través de diversas reuniones secretas empezaron a tejer una amplia red de simpatizantes con el objeto de integrar una junta gubernativa que asumiera el control político de la Nueva España y gobernada en ausencia del rey. Michelena era partidario de que solo los criollos integraran el movimiento, en tanto que García Obeso opinaba que también debería incluirse a los mestizos y a los indios y, a la vez, ganarse a los mandos militares para construir un movimiento de mayor fuerza. De esa forma, los contactos establecidos por los conspiradores se extendieron a varios puntos de la Intendencia. Entre los personajes que pronto simpatizaron con el movimiento, se encontraban, según nos dice el historiador Carlos Juárez, “el subdelegado de Pátzcuaro, José María Barca; el Lic. Manuel Solórzano y Agustín del Rey, vecinos de esa misma ciudad, éste último administrador de Alcabalas; el Lic. José María Izazaga; el cura de Tingambato, Antonio Saracho; el administrador de correos de Tuxpan, Luis González Correa; José Antonio Uraga, cura de Maravatío; Manuel de la Torre Lloreda, cura de Santa Clara del Cobre; José Antonio Lecuona, cura de Celaya; Mariano Abasolo, capitán comandante del regimiento provincial de Dragones de la Reyna en San Miguel el Grande y el capitán del mismo regimiento Ignacio Allende; finalmente en Querétaro el Dr. Manuel Iturriaga ex rector del Colegio de San Nicolás. El resto de los seguidores del movimiento eran vecinos de Valladolid y se ubicaban en los niveles de la clase media social, desempeñándose como tenderos, arrendatarios, burócratas, bachilleres, administradores y militares.

- Es interesante destacar que varios de los implicados en la conspiración vallisoletana habían sufrido el rigor de la Real Cédula de Consolidación, que los puso en una situación económica llena de incertidumbre y contrariedad. Justo ese año, de 1809, los hermanos Michelena obtuvieron un préstamo considerable del Juzgado de Testamentos y Capellanías de la Catedral para rehabilitar su decaída hacienda de La Parota. Gestiones similares realizó Mariano Abasolo para reactivar sus diversos giros comerciales en Guanajuato. Seguramente, el caso más crítico lo vivió el capitán José María García Obeso, quien desde la muerte de su padre, el 17 de mayo de 1807, fue acosado por sus múltiples acreedores y a lo cual se añadieron las desudas contraídas ante la Junta de Consolidación”.

Las contradicciones entre peninsulares y criollos alcanzaron su mayor confrontación el 11 de diciembre, en la víspera de la fiesta de la Virgen de Guadalupe, debido al candente sermón que pronunció el religioso franciscano fray Vicente Santa María, en el que hizo duros señalamientos al bando conformado por los peninsulares. A la salida de misa se formaron dos grupos compactos que cruzaron miradas de resentimiento y desconfianza. Cada uno tomó su rumbo para comentar lo sucedido y tomar providencias ante posibles agresiones. En los días siguientes corrieron rumores de que ambos bandos se estaban armando y planeaban atacar a sus adversarios. La intranquilidad social y política subió de tono. Las autoridades de la ciudad y de la Intendencia buscaron, por todos los medios, desarticular el movimiento conspiratorio integrado por los criollos, que buscaban construir nuevos espacios de libertad política. Así, previa delación, el 21 de diciembre empezaron a ser detenidos los dirigentes del movimiento conspirativo y se les abrieron procesos por sedición.

De las declaraciones de los detenidos, se desprende que el movimiento conspiratorio de Valladolid tenía las siguientes pretensiones:

- Conservar los dominios para el rey Fernando VII, o quien legítimamente representara su persona o sus derechos, si se llegase a rendir España al enemigo.
- Se admitiría una independencia con arreglo al último decreto de Fernando VII, esto es, mediante el establecimiento de una Junta de Regencia, conforme a las leyes de Partida, en el caso de que no viniese alguien de la familia real.
- Se formaría una Junta Nacional con la misma estructura de las de España. De esta manera existirían también juntas subalternas, llevando todas, la voz del Rey, según el reglamento de la Península; de todo esto, se informaría al Virrey en cuanto se llevara a cabo.
- Se integraría una Junta Provincial en Valladolid con diputados electos por cada pueblo de cabecera, quienes en su conjunto serían los depositarios del gobierno y la autoridad de Fernando VII.
- Formaría la Junta Provincial de Valladolid todos los sujetos principales de cabeza y hombres de bien.

- Se crearía un gobierno militar y uno político de la Junta Provincial, ya sea fusionando ambos poderes en una sola persona o bien, separado en dos personas, respectivamente.
- La erección de la Junta Provincial de Valladolid serviría de ejemplo para que se formaran otras similares en el resto de la Nueva España.
- Para asegurar un número amplio de hombres en el proyecto, se contaba con los dos regimientos de la Provincia, además de interesar en el mismo plan al regimiento de infantería de Celaya, o bien con algún otro fuera de la Provincia.
- La tropa que se juntase para llevar a cabo el plan tendría de sueldo 4 reales diarios, sin que pudiera admitirse a ninguno que no hubiese de servir de ocho meses en adelante.
- A los indígenas y castas se les eximiría del tributo, además de las llamadas cajas de comunidad; medida que redituaría la adhesión de dieciocho o veinte mil hombres.
- Se contaba con el apoyo de algunos principales de la ciudad, así como de siete a ocho individuos del cabildo eclesiástico; sólo se tenían reservas y dudas de la conducta de la mayoría de los regidores del cabildo civil.
- El proyecto contaba con 300 o 500 mil pesos existentes en las cajas reales y con dinero de particulares.
- Si por alguna contingencia se descubriera a alguno de los sujetos comprendidos en el proyecto, todos estaban obligados a buscar su liberación.

Así, como lo advierte el historiador Carlos Juárez, el proyecto de los conjurados de Valladolid, pasó de ser una mera especulación intelectual a la construcción de una propuesta alternativa de gobierno, en la que se recogieron algunos planteamientos políticos vertidos por el ayuntamiento de la ciudad de México, en agosto de 1808. En síntesis, lo que se buscaba era abrir nuevos espacios para la libertad.